

cados, una nostálgica y fantástica venganza del autor contra los culpables del 68. Ahora, en *Algunas nubes* el comic sigue en cierta forma presente, pero se recurre también a otras fuentes fecundas: la tradición de la gran novela policíaca, que tiene en Hammet y Chandler, sus epígonos. Se recurre también a los héroes populares típicamente mexicanos, los gladiadores del pueblo, esos que derimen la eterna batalla del bien contra el mal en los rings de toda la República. En la novela de Paco Ignacio Taibo II los luchadores se transforman en los guardianes providenciales de una doncella en desgracia, en los salvadores providenciales que llegan en el instante justo y derrotan de forma humillante a los villanos.

Algunas nubes no es una novela simplista, con una estructura monótona y convencional, copia de las estructuras de las obras clásicas del género, sino que posee una variedad de enfoques que dan movilidad e interés a la lectura. Vale la pena destacar un par de fragmentos, escritos a la manera de relatos autónomos y que sin embargo embonan armoniosamente con la totalidad. En el primero, capítulo cuatro, se cuenta la Historia de La Rata, lo que podría ser el retrato minucioso del ascenso de un oportunista porro, hacia la riqueza y el poder en los mandos medios del Sistema mexicano. En el segundo, La Historia del Comandante Jacinto Saavedra, nos hallamos ante una pieza maestra de la filosofía del poder judicial, sus orígenes y secretos. Uno y otro capítulo, y la no-

vela en general, podrían servir de textos básicos para aquellos que quieran comprender el aparato de precisión que es el manejo del poder oculto pero verdadero que campea sobre México.

El ritmo de *Algunas nubes* es contenido, sin excesos, y está finamente trabajado hacia la consecución de los propósitos que persigue el autor. En su investigación, el detective Belascoarán, va descubriendo que lo que parecían apenas unos crímenes comunes, son la punta de la madeja de una confabulación en la que están mezclados una banda de asaltantes de bancos y el jefe de la policía judicial mexicana. Quienes sean lectores asiduos de las notas rojas, por perversión o curiosidad, por la razón que sea, hallarán en la novela de Taibo una serie de datos que recuerdan noticias recientes (el descubrimiento de un río de cadáveres mutilados en las aguas negras de la ciudad de México, la captura de una bien organizada banda de asaltantes de bancos...) y no tendrán otra alternativa que sospechar de la filiación de la novela *Algunas nubes*: ¿ficción policial?, ¿denuncia?, ¿juego estético con las lacras del Sistema mexicano? La respuesta a tales incógnitas, la darán no sólo los lectores, con la ayuda de sus inteligencias y memorias, sino los críticos que sin duda comenzarán a atar cabos. Conjeturo que esta obra causará un escándalo mayúsculo en los círculos políticos mexicanos, y es posible que la integridad de Taibo II no salga indemne de este nuevo intento de buscar la verdad y la justicia, en una

ciudad sobre la que flota, como afirma Belascoarán al final de la novela, nubes de mierda.



Marco Tulio Aguilera

El Divino

Casi dos años después de haber publicado *Pepe Botellas*, una novela de largo aliento, narración agradable y bien hilvanada, en la que se retrataba un personaje bien conocido de la política, el periodismo y la radiodifusión colombianas, aparece otra novela (y ya con ésta suman nueve, número extraordinario para un autor que apenas inicia los cuarenta años) de Gustavo Alvarez Gardeazábal: *El Divino* (Plaza y Janés Colombiana, Colección Literaria, 1986). Obra escrita mientras el autor gozaba, en sus propias palabras "del privilegio de una beca Guggenheim", muestra claramente las características fundamentales que han hecho a este autor uno de los más difundidos y comentados de la literatura colombiana.

Primero que todo hay que destacar que el mundo de Gardeazábal no se agota (aunque quizás se repita ligeramente en sus trucos y sus personajes, cosa que importa poco si el autor lo hace con gracia y novedad): hay nuevos y abundantes personajes, otro pueblo (ahora es Ricaute, en el Valle del Cauca, sitio de ventarrones, 39 bobos, viejas chismosas y milagros inventados). Hay también una endiablada, envidiable capacidad de estructurar muchas líneas narrativas

e involucrar a gran cantidad de personajes (unos diez principales, 30 secundarios y 50 o más de paisaje) sin que el lector pierda la pista o la identidad de unas u otros. El juego de los diversos narradores, sin ser transparente o críptico, es inteligente y sugestivo: incita la inteligencia del lector, la reta y sin derrotarla, lo estimula a seguir construyendo el rompecabezas que Gardezabal le plantea.

Novela divertida, convierte, como es costumbre en este autor y en otros colombianos, a la religión y al problema de la droga, en espectáculo, en asunto literario, sin que haya una indagación a fondo. No hace de ninguna manera pensar al lector o preocuparse (y habría que preguntar si alguna novela lo hace seriamente y sale bien librada de ello) por la situación del país o del mundo, sino que más bien convierte la "chusquedad" colombiana, en materia novelable.

Gardezabal explota sin pudor y homenajea a sus amigos incluyéndolos en la novela (a Flower, a los Miccolta, a Roque, al gringo Williams que es su crítico de cabecera y su máximo impulsor en el mundo académico norteamericano) y explora, no sé si por primera vez en la literatura colombiana, la veta riquísima del homosexualismo como tema literario. No hace, como han hecho varios escritores mexicanos de los más recientes (Zapata, por ejemplo) tremendismo con las escenas de homofílicos ni se regocija desarrollando una nueva pornografía, sino que intenta ser metafórico y usa imágenes que resultan ser más divertidas que

sensuales. Leamos ésta, de un encuentro entre el divino Mauro, amo de la droga, y un Héctor Aquiles, venido de Ecuador: "Cada quien sacó su espada. La una brillante, como daga florentina, la otra rugosa, como cola de caimán. No se pusieron frente a frente para medirse porque cada uno sabía que la competencia no era de tamaños, pero actuando como las iguanas, fueron cambiando de color a sus puntas e inflando sus fuelles para que, en determinado momento, el solo contacto de alguna de sus partes produjera los cataclismos estertóricos de las hormigas cazadoras y, como ponzoña de movimientos propios, buscar a dónde pisar encogidamente".

La escena resulta ser divertida, creo que con humorismo involuntario, lo que puede ser consecuencia de eludir el afrontar el homosexualismo con seriedad. Hay tras todo ello una especie de concepción casquivana del mundo: el considerarlo todo a manera de chisme, lo que da como resultado una lectura sabrosa (pues el chisme es, en sí, falso por naturaleza, dañino a los demás y satisfactorio para quien lo inventa y para quien goza escuchándolo).

Muchos, muchísimos autores han sido espías de sus contemporáneos y chismosos sublimes (pensar en Proust, Balzac, Miller...) y en ello han basado sus logros y a veces su prestigio. Gardezabal, a más de chismoso, es un narrador envidiable, aunque un redactor no del todo convincente.

Otra virtud de la novela —que Gardezabal ya había mostrado con

notable habilidad en *Dabeiba*— es la creación del ambiente de pueblo, en el que se manejan muchas variables, como pinceladas maestras, que van configurando un cuadro completo, rico e interesante. Durante la lectura de *El Divino* no pude evitar la comparación con *Al filo del agua*, obra maestra de la novelística mexicana, quizás superior a *Pedro Páramo*. Allí también hay el manejo de muchas historias, pero en la del mexicano hay mayor cohesión, vigor y desarrollo de los personajes.

Los personajes son otro punto fuerte de *El Divino*. Más que el homosexual narcotraficante, destacan en esta obra el bobo Troilo, Ceres Borja y Eurípides, el peluquero marica, personajes que tienen encanto, existencia concreta a los ojos del lector, aunque no ocupen gran parte de la narración. En el acierto y vividez de los personajes, en su variedad, descubrimos que Gardezabal ha seguido siendo un estudioso de la realidad, más que un comelibros y que su vida en provincia y en pueblos pequeños de Colombia, lo ha alejado de la tentación de convertirse en un autor agotado, que quiera ocultar con malabarismos técnicos, el hecho de que ya no tenga nada que decir.

Gardezabal, a espaldas de la crítica colombiana que lo ignora olímpicamente y gracias al apoyo de una casa editora de importancia y a una voluntad inquebrantable, sigue construyendo una obra que será definitiva para comprender el siglo xx en Colombia.

Marco Tulio Aguilera